

tu Santo nos dice : *que el que ama el peligro perecerá en él.* Anatematicemos la ciencia carnal y terrena, enemiga de nuestra salvacion; cerremos los oídos para no escuchar al mundo empeñado en justificar sus usos, sus modas, sus diversiones y sus injusticias con pretextos de atencion, de buena crianza, de decencia y de razon de estado, porque todo es error, todo engaño, todo falsedad y todo contrario á la sabiduría celestial y divina que á todos inspira, como inspiró al santo cuya memoria celebramos en este dia. Seamos fieles á estas inspiraciones, y Dios nos concederá aquella gracia victoriosa y triunfante que lleva á los justos por medio de los basiliscos y dragones del mundo, sin lesion ni daño alguno. En este caso, seremos como san Buenaventura superiores á los artificios, enredos, lazos, intrigas y sugerencias de ese mundo reprobado por Jesucristo, y nuestra suerte será la de los justos que se proponen agradar á Dios en la region de los vivos; en la Iglesia con la vida de la gracia, ó en el cielo con la vida de la gloria.

Por haberse gobernado y dirigido san Buenaventura por estos principios de la sabiduría eterna, logró tener una vida virtuosa y una muerte preciosa á los ojos del Señor, que se complace en glorificar á los que procuran agradarle cumpliendo con su ley santa. Por esto dispuso el Omnipotente manifestar la grandeza de este admirable santo, haciendo que á los 260 años del fallecimiento de san Buenaventura, se hallase su cabeza tan entera como ántes de morir, su lengua tan fresca, sus labios tan encarnados y el color de su rostro tan perfecto como si el santo estuviera vivo. Esto, señores, significa que la naturaleza obedece y se subordina á la virtud de la gracia, y que con la sabiduría del cielo se triunfa no solo del mundo, del demonio y de la carne, enemigos de nuestras almas, sino tambien de la corrupcion propia del cuerpo, que aparecerá glorioso en el dia de las recompensas, como lo dice el apóstol, y nos lo enseña la fe.

Anímenos esto á imitar á san Buenaventura en el propósito que formó de agradar á Dios, viviendo como justo en la region de los vivos, que aman, sirven, bendicen y glorifican al Señor en la Iglesia militante, para hacerse digno de alabarle por eternidad de eternidades en las regiones felices de la gloria que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN CÁRLOS BORRROMEO.

(DE ALMEIDA.)

Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram.

El siervo que habia recibido un talento, le fué á enterrar.

S. Mat., c. 25. v. 18.

¡Qué admirables son los caminos de la providencia de Dios, y qué profundos los consejos de su sabiduría! Envía el Señor de tiempo en tiempo á su Iglesia nuevos modelos de virtud, que al mismo tiempo exciten nuestra admiracion, y nos conviden á seguir su ejemplo. Uno de estos es el grande santo y arzobispo de Milan san Cárlos Borromeo, cuya festiva memoria llena toda la Iglesia de extraordinario contento, al mismo tiempo que nos ocupa con no menor admiracion.

Que el camino del cielo sea el abatimiento y la humildad, que lo sea el silencio y el retiro, que lo sea la obediencia y la pobreza, es lo que claman las divinas Escrituras y los santos padres, lo que persuade la razon, y lo que enseña la experiencia. Pero que tambien se halle camino por la grandeza, por la exaltacion, y por entre la gloria del mundo, esto es una cosa muy rara. Todos esos hombres que se encerraron en los claustros condenándose á un perpetuo retiro; los que se entraron por los desiertos huyendo del comercio humano; los que buscaron en las avechitas del cielo quien los excitase á las divinas alabanzas, y en las indómitas y bravas fieras quien los enseñase á temerle; los que profesaron odio irreconciliable y perpetuo á las riquezas, violentando de raíz el humano corazon, siempre inclinado á apetecerlas; los que sujetaron todas sus acciones á voluntad ajena, negándose para siempre á la propia libertad tan estimada, sin la mas leve esperanza de

poder gozar de ella algun dia; los que mezclados con el polvo de la tierra, se sometieron á los piés de todos, se enterraron en las cuevas por huir de las honras, de las estimaciones y del aura popular; los que vivieron cautelosos del aire venenoso de la vanidad como de un contagio, porque enloquece la imaginacion, turba el cerebro, hace trocar los pasos y errar el seguro camino: todos estos, digo, no hubieran tomado una vereda tan ardua, si no la tuviesen por precisa para lograr la bienaventuranza. Pero ahora vemos que las glorias y estimaciones del mundo, la pompa y magnificencia, la exaltacion y el gobierno, los negocios y tumulto de la corte, las riquezas y abundancia, últimamente que aquellos espíritus altivos, que suele inspirar en las almas la ilustre sangre, tambien nos pueden llevar á Dios abriendo por ellos camino para el cielo.

¡Que la cruz de Cristo, sagrada señal de la ignominia y desprecio, no sea incompatible con las honras y estimaciones del mundo! ¡Que sin salir de la estrechez de la ley del Señor se pueda caminar por ella con toda la pompa y grandeza mundana! Maravilla es esta del poder de Dios, consejo de su altísima sabiduría, y elogio grante de la virtud de san Carlos. Aquella misma grandeza del mundo, que es el talento desgraciado que se suele esconder; talento con que los mas de los siervos del Señor solo consiguen desagradarle, y merecer el título de malos siervos, fué el talento con que san Carlos supo merecer el título de siervo diligente y fiel. Dios le hizo grande en la tierra, y san Carlos con el santo uso de esa misma grandeza supo ser grande en el cielo. Dios con su providencia le hizo un gran señor, y san Carlos con su virtud llegó á ser un gran santo. Esto es lo que justamente nos admira, y lo que oíreis en este discurso. Aprendan los que viven en la abundancia, y los que están colocados en altos empleos á cambiar en caminos del cielo los mismos caminos de la perdicion: avergüéncense los que viven en fortuna adversa de estarse tan tibios con los talentos escogidos y dichosos, cuando san Carlos supo trabajar tanto con un talento, que por la mayor parte es inútil.

Y vos, señora, Madre de Dios, cuya bendicion celestial hizo á san Carlos tan cuidadoso en servicio de nuestro Señor, enviad desde ese soberano trono de vuestra gloria la amorosa bendicion á mi talento, que es tan pobre y casi inútil, para que fruc-

tifique y rinda á mi Dios copioso lucro, pues solo confio en vuestro patrocinio. *Ave Maria.*

¡Infeliz talento el de la grandeza del mundo! Infeliz, digo, por el abuso de los siervos, no por las intenciones de Dios. Cuando el Señor da el nacimiento ilustre, los grandes estados, las riquezas copiosas, las altas dignidades, la general independencia aun de los mismos grandes, la estimacion y valimiento de los príncipes; por último, una fortuna risueña, en la que el rostro del mundo es lisonjero, ¡qué de ideas vanas por lo regular no ocupan el entendimiento de los mortales! ¡Pero qué nobles pensamientos despertó esa misma grandeza en san Carlos!

Los rios que salian de aquel inmenso mar de bondad, veía san Carlos que corrian hácia él continuamente, y de todas partes experimentaba los efectos de la beneficencia del Señor: nadaba, por mejor decir, nadaba en riquezas de la bondad de Dios, y su alma estaba íntimamente penetrada en las aguas que manan de aquella fuente de misericordias; pero el santo formó la resolucion de que era justo que los rios, como está escrito, volviesen al lugar de donde salieron (1); y los beneficios que habian venido de la mano de Dios á la suya, volviesen con grandes intereses desde su mano á la de Dios.

Le hizo el Señor príncipe por sangre; y por falta de primogénito, heredero de los grandes estados de la nobilísima casa Borromea. Las copiosas rentas que tenia eran proporcionadas al esplendor de su casa, y al cúmulo de las dignidades eclesiásticas. Baste decir que cuando el santo se despojó de una parte de sus riquezas, dejó ocho mil ducados de renta. Le habia Dios echado la bendicion de Jacob, dándole la abundancia del rocío del cielo, y de la fertilidad de la tierra, le habia hecho rico de bienes de la Iglesia, y de bienes seculares (2). Pero ¡qué peso este para un corazon humano, que no fuese el de san Carlos! Yo no sé que tiene el oro, que no hay cosa mas pesada en cuantas Dios crió, ni que tanto oprima y haga in-

(1) *Omnia flumina intrant in mare, et ad locum unde exeunt flumina inde revertuntur. Eccl. c. 1. v. 7.*

(2) *Det tibi Deus de rore cali, et de pinguedine terræ. Gen. c. 27. v. 28.*

clinar á la tierra. Vereis frecuentemente levantar las manos vacías al cielo; pero si Dios las llena de bienes del mundo, al instante las vereis caer é inclinarse á la tierra. Solo el deseo del oro y su esperanza bastan para oprimir el ánimo; y por esto clama el Espíritu santo, que si abundasen las riquezas, libremos de ellas nuestro corazón. Pero ¡qué cosa tan rara! Con todas esas riquezas volaba á Dios el corazón de Carlos, y tan lejos estaban de llevarsele consigo hácia la tierra, que ántes bien Carlos volaba y llevaba las riquezas al cielo. De la mano de Dios le habian venido, y volvian á parar en las manos de Dios. Siervo fiel, que empleaba en la viña del Señor todo el caudal que le habia dado.

Poco mas contaba de veinte y dos años, y ya entónces se hallaba arzobispo de Milan, y cardenal de la santa Iglesia. Como era sobrino del papa Pio IV, que tenia bien conocida su rara prudencia, descargaba sobre sus hombros el inmenso peso del gobierno de todo el mundo cristiano; y con razon se dice de san Carlos, que era el brazo derecho, la lengua, los oídos, y los ojos del pontífice. Con los buenos servicios crecia la estimacion, y con esta se iban acumulando las dignidades: fué sumo penitenciario, legado á latere, protector de Portugal, de Alemania y los Cantones, protector de las órdenes de san Francisco, la del Cármen, la de los canónigos reglares, de los caballeros de Malta, y de los de Cristo. Llovian, si es lícito decirlo así, llovian las dignidades sobre sus méritos. Parece que Dios de industria le honraba cada vez mas, y que se esforzaba san Carlos por volver á Dios todas estas honras con inmensas ganancias. El humo de la vanidad, que en los lugares altos suele cegar los ojos de los hombres, parece que despejaba mas los de san Carlos. No se valia de su grandeza, como los mundanos, para atropellar la cruz de Cristo, poniendo sacrilegos debajo de sus piés la sacrosanta ley del Evangelio, y aspirando á subir mas, por levantarse mas sobre ella. Este santo cardenal la adoraba reverente, y la ponía sobre su cabeza: cuanto mas Dios elevaba á este santo, tanto mas se exaltaba el Evangelio, y los preceptos de Jesucristo triunfaban de sus enemigos. Recorred con lijeros pasos, á lo ménos, las acciones de la vida de san Carlos, y os pasmareis de ver como se valia de su misma grandeza para servir al Señor.

Muy pocos años contaba san Carlos, cuando su tio resignó

en él una muy pingüe abadía: como era niño, servian sus rentas con las de su casa para ostentar la figura correspondiente á su carácter, á su sangre y sus empleos. No obstante, ya advirtió el santo que no era lícito emplear los bienes de la Iglesia en servir al mundo, ni el patrimonio de Jesucristo en lujo y vanidad. Conoció que, como está escrito, no era bueno tomar el pan de los pobres, pan de los hijos de Dios, para darle á los perros de caza, ó sustentar briosos caballos con la sangre de los pobres; y así guardando el respeto y atencion que se debe al carácter de padre, le amonestó que administrase santamente los santos bienes. Se pasmó su padre, conoció su yerro, se avergonzó, y cedió á la mucha prudencia de los pocos años el gobierno de muchas rentas.

Pero ¡qué nuevo y extraño espectáculo es, ó mundo, el que se te dispone! ¡Qué sonrojo tan justo, y qué confusion os va á cubrir el semblante, ó eclesiásticos! Con sangre ilustre, educacion regalada, pocos años, mucha riqueza, y entera libertad, ¡qué es lo que hizo san Carlos! Saca una corta porcion para su sustento, y todo lo demas lo entrega á Dios: el culto de los templos y las limosnas de los pobres consumen todas sus rentas. ¡Qué cosa tan extraña! Mas no canseis todavía vuestras admiraciones, porque se os preparan nuevos motivos en el resto de su vida. Miradle cardenal y arzobispo: ¡qué padre de pobres! en solo un dia hizo repartir en ellos cuatro mil escudos. ¡Qué noble y ántes nunca oído golpe de grandeza! Mas no lo habeis visto todo: reparad y miradle en el tiempo de aquella peste que corrió toda su diócesi: ¡qué bien empleada generosidad!

En ocasion de aquel azote cruelísimo con que en tiempo de san Carlos hirió el Señor, no se si diga á su pueblo, ó al corazón de su santo prelado, ¿qué no hizo? Era un espectáculo terrible ver al ángel del Señor con la espada fulminante de la ira de Dios desenvainada, discurriendo por toda la ciudad, hiriendo y matando sin dolor, piedad ni compasion: morian los ancianos, los jóvenes y los niños. Caían á un lado las madres, dejando los niños vivos y pendientes de los exangües pechos, al mismo tiempo que otras se esforzaban por nutrir, si fuera posible, y animar en su amoroso seno los que ya estaban difuntos. Todo era luto, todo afliccion, todo tristeza. Enfrente de sí veía la esposa enferma espirar al desamparado esposo:

los hijos tiernos é inocentes iban al cadáver del difunto padre, pidiendo ignorantes pan, y no habia quien los oyese y matase su hambre : huían los ricos de los pobres, los amigos unos de otros, y hasta los propios padres desamparaban á sus hijos, huyendo de ellos por evitar la muerte, y tal vez daban con ella, acompañando en la sepultura á los que habian dejado en el lecho. A todos ocupaba la muerte, ó el temor de morir : para unos era la peste un grande mal, para otros aun era mayor el miedo de la peste : unos morian por heridos, otros por desamparados. El mal se embravecia, y crecia el temor de los pueblos : faltaba el sustento, y venia el hambre á matar á los que el mal perdonaba. Continúa la ira de Dios, y del temor nacia la confusion, de la confusion desórden, la insolencia y los robos. Con las manos llenas de hurtos caian muchos heridos de la peste : huían cobardes los párrocos, faltaban los sacramentos, y como brutos morian los que habian vivido como brutos. En medio de esta afliccion, entre tanto horror, solo daba consuelo el ver al santo cardenal acudir como un padre afligido á sus hijos dispersos y moribundos, con las lágrimas en los ojos, con el corazon penetrado y lleno de amargura : con la bolsa de las limosnas en una mano, y los sacramentos en la otra, se entraba por las casas de todos, por las humildes chozas de los pobres, ó por las cabañas de los rústicos pastores.

En las procesiones de penitencia la devota y mortificada figura del santo prelado movia á compuncion ; y aun de los corazones mas tibios y de los ojos mas enjutos sacaba abundantes lágrimas. Triste, pálido, afligido y deshecho con ásperas penitencias, salia con capa roja, cubierta la cabeza, y con un grueso cordel al cuello : llevaba una grande cruz enarbolada en sus brazos, fijando en ella los ojos, el corazon en Dios, y sus esperanzas en sola su misericordia : caminaba descalzo, y heridos lastimosamente sus delicados piés, derramaban copiosa sangre, dejando sangrientos vestigios por donde pasaba. En volviendo á su casa redoblaba las penitencias para aplacar la ira de Dios, y multiplicaba las limosnas para aliviar la miseria de los pueblos.

Mas ¿quién podrá explicar su generosidad y grandeza en semejante afliccion? Si sus limosnas jamas tuvieron límites, ¿cómo los tendrían ahora? Mas de sesenta mil personas hallaban limosna cotidiana dentro de la ciudad en la caridad de Carlos,

y aun mayor en el ejemplo que este daba á los ricos. ¡O bien consumidas riquezas de la tierra! ¡O bien empleada grandeza del mundo! Mas de trescientos desamparados fueron á buscar cierto dia al santo, pidiéndole socorro, y á todos admitió, á todos recogió el que era amparo de todos. Consumió las rentas, vendió la vajilla, se deshizo de los muebles preciosos, y llegó á dar la propia cama, por no tener ya que dar á los enfermos : mandó repartir de limosna toda la provision de su casa, y se quitaba el pan de la boca para dárselo á sus pobres. Llegó á padecer muy repetidas veces hambre, y hambre grande, el que mataba la de tantos : él era mas pobre que los mismos mendigos, y solo de sí mismo no tenia compasion, cruel consigo, y compasivo con los otros.

Apretaba el frio en el invierno, gemian desabrigados los pobres, y el santo prelado se condolia de verlos : caía la nieve, se enfriaba la sangre, tiritaban los miembros, los inocentes niños lloraban arrecidos de frio por falta de vestido : enfermaban los jóvenes, caían los ancianos, y en todos enfermaba san Carlos Borromeo ; pero como ardía en su pecho el fuego activo de la caridad, este solo fué suficiente calor para abrigar á todos. Ved lo que hace. Anda por las antecámaras de su palacio, despoja las paredes, quita los doseles, desnuda las puertas de sus ricas cubiertas, y preciosas cortinas, saca los reposteros y soberbios pabellones, y manda que toda aquella tapicería se corte en vestidos para que se abriguen los pobres. Sale aquel numeroso ejército de la presencia de Carlos con esta tan nueva librea de la caridad : se esparce por la ciudad toda, y el pueblo se admira y se confunde : lloran todos de ternura, y no cesan de alabar á Dios en su santo prelado. Parecian soldados cubiertos de los despojos despues de un glorioso triunfo. Quién jamas hizo que triunfase de este modo la caridad evangélica de la vanidad mundana! ¡Quién hizo servir así la grandeza del mundo á los pobres de Jesucristo! Bendito sea el Señor, que dió á este santo tanta grandeza ; y bendito sea san Carlos, que supo usar de la grandeza para gloria del Señor. Mas no fué este el único fin para que Dios le hizo tan poderoso al santo : para otra empresa mas noble le habia destinado su providencia : para la mas santa reforma de su Iglesia. Hallábase esta en aquellos tiempos todavía mas enferma que los apestados : la que era hermosa y sin mancha, se hallaba pálida, macilenta y desfigurada : ninguno